



¿Qué hacer con Dios en la República?

Política y secularización en Chile (1845-1885)

SOL SERRANO



Índice

Agradecimientos	13
Abreviaturas	15
Introducción	17
 CAPÍTULO I: UNA HORA EN LA HISTORIA DE CHILE: LA TRAMA RELIGIOSA DEL SIGLO	 27
1. Ocho de diciembre de 1863	27
2. Templo o monumento: el espacio sagrado se vuelve profano	32
3. El culto público y la religión privada	39
4. La regulación del culto y el nuevo eje de la política	44
 CAPÍTULO II: LA REPÚBLICA CATÓLICA	 49
1. La ruta del arzobispo	49
2. No hay Iglesia sin Estado ni Estado sin Iglesia	61
3. La organización de los “papelistas”	69
4. Los dos brazos de un mismo cuerpo	75
5. Más allá de Los Andes: Roma	81
6. Más allá del Estado: la Iglesia	87
 CAPÍTULO III: LAS COFRADÍAS: EL VALOR DE LA VIDA ETERNA	 97
1. La levedad de la costumbre	97
2. El rigorismo de la ley	104
3. Cuántas eran y dónde estaban	115
4. La raigambre social del culto	120
5. La crisis del seguro	130
6. Devoción espiritual y socorro temporal	135
 CAPÍTULO IV: EL CATOLICISMO EN LA SOCIEDAD CIVIL	 143
1. El vínculo con los pobres	143
2. Una nueva elite femenina: las señoras de la caridad	149
3. Las Conferencias de San Vicente de Paul: una nueva autonomía	157

4. Las sociedades de combate	162
5. El valor político de la red católica	168
CAPÍTULO V: EL CONCEPTO DE LO PÚBLICO EN UN ESTADO CATÓLICO	175
1. El gobierno eclesiástico: la indomable geografía religiosa	175
2. Estado católico y sociedad plural: la tolerancia de cultos	183
3. La cuestión romana	192
4. El triunfo liberal	199
CAPÍTULO VI: LA MUERTE Y EL MERCADO: EL PLURALISMO DE LOS CEMENTERIOS	221
1. La tumba propia	221
2. Rito parroquial y cementerio municipal	227
3. El espacio sagrado de los muertos	231
4. El espacio plural de los vivos	239
5. Los misterios de la muerte	244
CAPÍTULO VII: SANTIAGO: DE LA CIUDAD CRISTIANA AL CATOLICISMO EN LA CIUDAD	255
1. La retirada del Cabildo	255
2. ¿Por qué doblan las campanas?	260
3. La piedad individual	267
4. Oleado y sacramentado	272
5. La expansión urbana	280
CAPÍTULO VIII: CORRIENDO A CRISTO. LA IGLESIA EN EL CAMPO	289
1. El asiento parroquial	289
2. Cura de mi pueblo	297
3. La misión entre fieles	305
4. La capilla pública	309
CAPÍTULO IX: LA IGLESIA EN UN ESTADO LAICO	319
1. La última batalla regalista	319
2. Una Iglesia nacional	325
3. La última batalla ultramontana	333
4. La ruta del arzobispo	340
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	345
ÍNDICE ANALÍTICO Y ONOMÁSTICO	363
ÍNDICE DE CUADROS, GRÁFICOS Y MAPAS	373

Abreviaturas

Archivos

- Archivo Consejo General de París, Conferencias de San Vicente de Paul (ACGP; CSVP)
Archivo Convento de La Merced (ACLM)
Archivo Convento San Agustín (ACSA)
Archivo Convento San Francisco (ACSF)
Archivo Convento Santo Domingo (ACSD)
Archivo de la Compañía de Jesús (ACJ)
Archivo de la Congregación del Santísimo Redentor (ACSSR)
Archivo del Arzobispado de Santiago (AAS)
Archivo Nacional (Chile): Fondos Ministerio del Interior (ANMI); Ministerio de Justicia (ANMJ); Municipalidad de Santiago (ANMS)
Archivo Parroquial de Nancagua (APN)
Segreteria di Stato. Sezione per i rapporti con gli Stati. Archivio Storico (SSAS)

Impresos

- Annales de la Congregation de la Mission (ACM)*
Anuario Estadístico (AE)
Anuario de Historia de la Iglesia en Chile (AHIC)
Boletín Eclesiástico (BE)
Boletín de Leyes y Decretos (BLD)
Catálogo Eclesiástico de Ambos Cleros (CEAC) y Casas Religiosas del Arzobispado de Santiago de Chile
Chilensia Pontificia (CP)

El Eco de las Señoras de Santiago (ESS)

El Bien Público (BP)

El Ferrocarril (F)

El Mercurio (EM)

La Revista Católica (RC)

Sesiones del Congreso Nacional (SCN)

CAPÍTULO I

Una hora en la historia de Chile: la trama religiosa del siglo

1. Ocho de diciembre de 1863¹

El templo de la Compañía parecía tener un embrujo. En el período colonial debió reconstruirse primero por un incendio y luego por un terremoto. En la década de 1830 era la principal iglesia de Santiago, la más concurrida por pobres y ricos debido a la magnificencia de su culto; el centro de asociaciones piadosas y de ejercicios espirituales, y el púlpito preferido por el clero secular que lo había heredado después de la expulsión de los jesuitas. El obispo Manuel Vicuña revivió su popularidad y este templo pasó a representar el asentamiento de la Iglesia y su estabilidad después del período convulsionado de la Independencia. Es cierto que

¹ No existe bibliografía contemporánea sobre el incendio de la Compañía. La literatura clásica es la siguiente: Benjamín Vicuña Mackenna, *El incendio del Templo de la Compañía de Jesús: fundación del Cuerpo de Bomberos de Santiago*, Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1971 (2ª ed.); Sady Zañartu, "Hace 100 años del incendio de la Compañía", *En Viaje*, n° 362, diciembre de 1963, pp. 13-15; Alfredo Aliaga Santos, "La historia del primer monumento a las víctimas del incendio de la Compañía", *En Viaje*, n° 122, diciembre de 1943, pp. 6-7; José Ignacio Víctor Eyzaguirre, *Discurso pronunciado en la inauguración del monumento conmemorativo del incendio de la Compañía*, Santiago, Andrés Bello, 1873; Mariano Casanova, *Historia del Templo de la Compañía de Santiago de Chile y su incendio acaecido el 8 de diciembre de 1863; con dos Oraciones fúnebres, pronunciadas en las solemnes exequias que se celebraron en la Catedral de Santiago en 16 de Diciembre de 1863 y 6 de Diciembre de 1864 por las víctimas de ese incendio*, Valparaíso, Imprenta del Mercurio de Tornero y Letelier, 1871; Mariano Casanova, *Relación del incendio de la Compañía acaecido el 8 de diciembre de 1863: precedida de una reseña histórica sobre el mismo templo: acompañada de importantes documentos relativos al incendio: una nómina de los que perecieron en él: los censos oficiales formados hasta la fecha por orden de la Intendencia de Santiago: i una lámina litografiada que representa la Iglesia en el acto de incendiarse*, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1864; Mariano Casanova, *Resúmen histórico del gran incendio de la Compañía: acaecido en la noche del día 8 de diciembre de 1863 y en el cual perecieron asfixiadas o devoradas por las llamas más de dos mil personas: una parte de las cuales pertenecían a las principales familias de la capital*, Valparaíso, Librería Española de Nicasio Ezquerro, 1863; David Trumbull, *La catástrofe de la Compañía: juicio sobre las lecciones que inculcó la Divina Providencia en tan funesto acontecimiento*, Valparaíso, Imprenta de la Patria, 1864; Daniel Riquelme, *El incendio de la Iglesia de la Compañía el 8 de diciembre de 1863*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1893.

las iglesias de Santiago eran pobres comparadas con las de otros lugares de América; no había en ellas “nada de horrible ni de particular”, según había dicho en 1824 un sacerdote italiano que más tarde sería Papa², pero al menos esta tenía en su torre uno de los pocos relojes de la ciudad y probablemente el único hecho en Chile. Poco después de su renacimiento, en 1841 se volvió a incendiar; el reloj quedó detenido en la hora de su derrumbe y Andrés Bello le escribió una sentida oda. A fines de la década, con la ayuda de los vecinos, se había vuelto a levantar y revivió con los oradores más populares del clero secular afines a la espiritualidad jesuita. Se fundaron cofradías y asociaciones marianas que reflejaban nuevas devociones y prácticas antiguas. En 1854 se organizó la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María, de origen francés, aprobada por Roma en 1838, que reflejaba tanto una devoción romántica como la adhesión al Papa, quien ese año había promulgado el dogma de la Inmaculada Concepción. Ello había significado un gran triunfo de su poder como cabeza de la Iglesia en tiempos de conflicto sobre su soberanía en los Estados Pontificios. En Europa tenía connotaciones que en Santiago se desdibujaban; de hecho, el sacerdote José Hipólito Salas había adaptado sus constituciones a la usanza local, pero no por ello dejaba de ser novedosa, pues era una asociación piadosa en la cual no se pagaba por entrar; era exclusivamente femenina e introducía devociones como la de la Virgen Milagrosa. Todos los sábados en la mañana y en la tarde organizaba misa cantada con preces además de las novenas. En tres años había dispuesto 252 funciones, todas con música y con velas que ardían entre una y tres horas. La forma de culto, por romántica que fuera, adquirió expresiones barrocas locales que el capellán ya miraba con malos ojos porque la música era excesiva y los cantores demasiado ruidosos, especialmente en las noches en que se pulsaba el órgano y se entonaban cantos no siempre sagrados. ¿No podían los oficios solo rezarse? Los músicos eran muy caros y el alumbrado francamente suntuoso. La asociación pagaba la música y el templo las velas, pero el capellán debió reclamar ante el fiscal del Arzobispado los trescientos pesos que se le adeudaban. Obtuvo solo la mitad. El mayor gasto era en el Mes de María, recién introducido en Chile por el rector del Seminario, quien cambió la fecha francesa de mayo a diciembre, haciéndola coincidir no solo con la primavera, sino con el día de la Purísima.³

² Juan M. Mastai Ferreti, “Breve relación del viaje a Chile del canónigo Juan María Mastai Ferreti de Sinigaglia”, traducido y anotado por Carlos Oviedo Cavada, en *Historia*, n° 1, 1961, Santiago, P. Universidad Católica de Chile, p. 254.

³ Archivo del Arzobispado de Santiago (en adelante AAS), “Archicofradía del Inmaculado Corazón de María, 1844-1888”, legajo 30, n° 1. No hay concordancia entre los autores sobre esta asociación. La mayoría indica que era española, traída por Salas, fundada en 1858 y dedicada al rezo del Rosario según lo había sostenido el obispo Valdivieso. Sin embargo, ninguno utiliza los manuscritos del Archivo del Arzobispado que la documentan desde su fundación. Sería raro que hubieran existido dos asociaciones tan masivas y exitosas. Creemos que es una que se le llama Hijas de María, que es francesa y no española, y que efectivamente fue traída a Chile por Hipólito Salas.

El 8 de diciembre de 1863 fue un día martes. Era el día de la Inmaculada Concepción y el aniversario de las Hijas de María, como se le llamaba a esta asociación piadosa. El arzobispo visitó el templo y se retiró cuando empezaban a llegar los primeros fieles a la plazoleta. Las puertas permanecieron cerradas hasta la seis de la tarde, dos horas antes de la misa. El capellán las abrió con ayuda de la policía para evitar desmanes. La multitud se abalanzó y copó las naves. El capellán se retiró a su dormitorio cerca de la sacristía. Los tres sacristanes iniciaron el largo proceso de iluminar el templo: primero las arañas con velas de cera, luego los globos de aceite, las velas del altar mayor y de los laterales. Se decía que en uno había tres mil velas encendidas y cuatrocientos en los otros, además de las dos mil que colgaban desde el techo entre arañas y globos. Algunos creían que los globos eran de gas hidrógeno, pero no era así. El capellán no aceptó la proposición hecha por la Compañía de Gas cinco años antes para iluminar la iglesia y prefirió comprarle 1.200 globos para lámparas.⁴ En rigor, los combustibles autorizados para la liturgia eran aceite de oliva y cera de abeja, pero aquí se usaba parafina y grasa de vacuno. Tantas velas se prendieron, que se llegó a decir que sumaban 20.000. Eso ya era fantasía.

A las seis cuarenta y cinco, el sacristán encendió con su mecha los quemadores de la media luna que tenía en sus pies la imagen de la Virgen, representada como la Inmaculada Concepción, con su túnica blanca y su manto azul. Uno de los quemadores se abrió con exceso de presión y subió una llamarada de casi un metro. El sábado anterior había sucedido lo mismo, pero el sacristán solo bajó la llama. Dada la solemnidad de la función, esta vez había muchas flores de papel que decoraban la columna. La llama las alcanzó rápidamente, siguió hacia el lienzo pintado, de allí al altar y del altar a través de las guirnaldas de flores en vertical hasta la cúpula. El templo era de madera y el incendio fue veloz. No todos los fieles se percataron. El altar mayor era apenas visible desde el fondo de la nave. Los primeros en salir fueron los hombres, que estaban de pie cerca de la puerta lateral que les estaba asignada. La mayoría que pudo arrancar lo hizo por las puertas de la sacristía. Las otras se obstruyeron.

No es claro qué pasó con las puertas. Unos decían que los policías y mirones de la plazoleta, creyendo que arrancaban de un terremoto, presionaron a los fieles hacia adentro para tranquilizarlos y demoraron la salida. Más razonable es creer que las puertas estaban cerradas para mantener la acústica y que se atascaron porque se abrían hacia dentro y no hacia fuera. Sin embargo, el principal motivo de la obstrucción fueron los mismos fieles. Las iglesias no tenían sillas ni bancos y las mujeres se sentaban sobre tapetes. El piso era desnivelado y al tratar de correr, con

⁴ *El Ferrocarril* (en adelante *F*), 12 de diciembre de 1863. Declaración del ingeniero de la Compañía de Gas, clarificando su responsabilidad. Insiste en que si se hubieran puesto las cañerías, el incendio se habría evitado.

vestidos pesados de terciopelos y encajes, enaguas de gran ruedo y mantos largos, se tropezaron con personas semitendidas; unas cayeron sobre otras formando una pared tan compacta que se hizo inmóvil. Estos cerros humanos medían casi dos metros. “Dominados por el pánico más espantoso, los primeros fugitivos caían en los umbrales mismos, seguían el tumulto de atrás y los que se acercaban seguían la misma suerte, las puertas quedaron totalmente obstruidas”.⁵ Las llamas llegaron a la cúpula, se cayó una torre y luego el campanario. Entonces el entablado del techo fue cayendo sobre las víctimas, quemando las cabezas y el torso de una multitud abigarrada. Quienes ya no habían muerto por asfixia, murieron por el fuego.

Las campanas del templo alcanzaron a anunciar su propio incendio y los hombres que arrancaron, alrededor de trescientos, dieron la voz de alarma. Llegaron los vecinos de un barrio que era el corazón del centro de la ciudad, también algunos sacerdotes, autoridades y policías. No lograban entrar. Veían las rumas de cuerpos todavía vivos que agitaban sus manos. Algunos fueron tragados por esa multitud de brazos y otros no tuvieron fuerza para sacar un cuerpo, “más bien se conseguía sacar miembros a pedazos que aflojar aquel muro de cuerpos asfixiados”.⁶ Un hombre a caballo tiró su lazo y salvó algunos, pero asido a la montura pronto cedió. Otros se lanzaron a las llamas sin éxito. Cuando cayó la torre y luego el campanario, comprendieron que no tenían nada que hacer. Padres, maridos, hijos, hermanos vieron a sus mujeres carbonizarse. “Entonces llegó un instante que tendremos presente mientras vivamos: entonces los hombres en la desesperación de poder prestar ningún socorro apartaron sus ojos de allí. Por entre las llamas se divisaba arder a una multitud de gente y luego esa gente ardía también y ya no se divisaban sino llamas humanas.”⁷ La caída del campanario produjo un estruendo gigantesco, los campaneros saltaron al vacío y luego vino el silencio. Los gritos cesaron. Eran las ocho de la noche.

La ciudad se quedó en vela. Algunos decían que las víctimas llegaban a seiscientas personas y los más catastrofistas, a mil. En realidad, fueron cerca de dos mil. En la medida en que la noticia se esparcía y que los fieles no volvían a sus casas, los familiares iniciaron una búsqueda desesperada y a tientas. Recorrían casas, almacenes y las pocas boticas además del precario hospital. Volvían al lugar del suceso, con velas y lámparas. Ya no había fuego sino cenizas ardientes y un horroroso olor

⁵ F, 10 de diciembre de 1863.

⁶ Rafael Valentín Valdivieso, “Carta de Hipólito Salas”, 9 de diciembre de 1863 en *Obras Científicas i Literarias del Ilmo. i Rmo. Sr. D. Rafael Valentín Valdivieso, Arzobispo de Santiago de Chile*, recopiladas por José Ramón Astorga, Santiago, Imprenta Nuestra Señora de Lourdes, t. III, p. 408.

⁷ *El Bien Público* (en adelante BP), 9 de diciembre 1863, n° 26. El mismo relato, con prácticamente las mismas palabras, se hace pocos días después en *La Revista Católica* (en adelante RC), 12 de diciembre de 1863. Es el mismo relator, que es un testigo de los hechos.

a carne quemada. La policía rodeó el sector y no dejó pasar a nadie. Santiago tenía entonces 98.898 habitantes.⁸

Al amanecer del día 9, la policía empezó a exhumar los cadáveres y llenó 164 carretones para enterrarlos en una fosa común que a toda velocidad se cavaba en el Cementerio General. Algunas autoridades inspeccionaron el templo. Concluyeron que la mayoría había muerto de asfixia por compresión y por humo. La quemadura de los vestidos, equivalente a aceite hirviendo, había sido la causante del mayor dolor. El doctor Francisco Javier Tocornal, miembro de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, haciendo gala de su lenguaje neutro, tan distinto al de la prensa, informó que “muchas conservaron diferentes actitudes, ya de pie, ya de rodillas o sentadas, hubo cuerpos que tenían la cabeza y brazos levantados, el rostro espantado, borradas las facciones, la boca abierta y quemados los labios o la lengua, con los pies intactos (...) hubo cabezas que se abrieron y quemándose la masa cerebral con sus membranas quedó reducida a pequeños carbones. (...) Hubo, por consiguiente, cuerpos carbonizados, asados y cocidos”.⁹ La prensa señalaba que se habían encontrado al lado de sus madres criaturas “recién nacidas, fetos informes condenados a la muerte antes de nacer”.¹⁰ Los cuerpos estaban desfigurados. En las puertas del cementerio, familias aristocráticas y populares aguardaban los carretones para reconocer a los suyos, pero ya no era posible. Mientras se construía la fosa, la montaña de cadáveres fue rociada con gran cantidad de cloruro de cal,¹¹ para evitar los efectos de la descomposición. Era una gran pila blanca. Doscientos hombres trabajaron cavando una fosa para dos mil personas. El día sábado —tras casi cuatro días— terminaron de enterrarlas.¹² Las propias víctimas pagaron su entierro con los 350 pesos que se encontraron entre los despojos. Con ellos, la Intendencia financió la tumba. También se encontraron alhajas y junto a ellas, cilicios.

Todos esos días la búsqueda de los deudos continuó entre los escombros, el hospital y las casas. Los periódicos, actores centrales de esta historia, publicaban

⁸ *Censo General de la República de Chile: levantado en abril de 1854*, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1858. Los datos corresponden al Departamento de Santiago que tenía 131.757 habitantes. La población de la ciudad comprende la suma de las parroquias consideradas urbanas: Catedral, Santa Ana, San Lázaro, San Isidro, La Estampa y San Saturnino.

⁹ Francisco Javier Tocornal, “Relación médica de lo sucedido en el templo de la Compañía el 8 de Diciembre de 1863”, *Anales de la Universidad de Chile*, n° 25, 1864, pp. 556-559.

¹⁰ *F*, 12 de diciembre de 1863.

¹¹ *Ibid.* La operación estuvo a cargo del director del cementerio y de los doctores Allende y Middleton, ambos de la Facultad de la Universidad de Chile. El doctor Brunner propuso que al cerro de cadáveres se le tirara aguardiente con una bomba para evitar infecciones. Solo se usó la cal y no se registraron consecuencias higiénicas.

¹² El entierro fue dirigido por el gobierno. Fue un hecho enteramente separado de las exequias fúnebres. De hecho, no tenemos registro de cómo fue el entierro en el cementerio. De todas formas, no fue un acto público. Los actos públicos fueron las exequias que se hicieron en todos los conventos de la capital y en muchas de las parroquias. La principal fue ese miércoles en la Catedral Metropolitana.

avisos de una niña de cuatro años que estaba en la casa del señor Valdés; un niño que había perdido a su abuelo, su madre y su hermana, refugiado en el Convento de San Francisco; Carmen Reyes, inquilina de la Hacienda Hospital, había encontrado finalmente a su hija Rufina en el hospital, pero no a su madre.

Las listas de las víctimas empezaron a aparecer en la prensa dos días después, a base de la información que otorgaban los deudos a los subdelegados. Cada día salía un nuevo listado y se rectificaban los errores. También aparecieron los reconocimientos públicos a quienes habían rescatado a sobrevivientes: a un hombre que se le supone de pueblo por usar camisa de crin blanco que salvó a una niña; a un carpintero, "artesano honrado", vecino de Teatinos al llegar a Alameda, que había salvado a seis mujeres llevándolas en sus hombros; a soldados y a uno que otro gañán. A otros se les agradecía con nombre y apellido: fueron los Larraín, los Mackenna, los Irarrázaval, Recabarren y Ortúzar. El almacén que vendía telas negras en el portal viejo las rebajó a precio de costo. Se dieron recetas de medicamentos caseros para quemaduras. Un vecino pedía a la señora que salvó en la calle Bandera que le devolviera su sombrero y otro que le devolvieran su caballo.¹³ La noticia se supo a la mañana siguiente en las ciudades del país conectadas al telégrafo: Valparaíso, Rancagua y Talca. Para sus habitantes, el interés no era solo noticioso. Estaban ligados por parentescos y muchas de las víctimas venían de zonas rurales u otras ciudades. Valparaíso informaba con bastante simultaneidad en sus propios periódicos y dispuso un tren especial a Santiago con 400 pasajeros, mientras Talca y Rancagua esperaban la prensa santiaguina que solía llegar de noche. El telégrafo funcionó sin parar y en torno a él se concentró la población a la espera de noticias.

2. Templo o monumento: el espacio sagrado se vuelve profano

Santiago había vivido varias catástrofes. Los terremotos la habían sacudido impenitentemente a lo largo de su historia. Los incendios habían sido muchos, pero ninguno tan dramático y con tantas víctimas como este. Su originalidad, sin embargo, residía en que por primera vez apareció "la opinión": la catástrofe, debatirán algunos, no se debía a un castigo divino sino a una responsabilidad humana. La responsabilidad era del clero, de su concepto del culto, de su manipulación de los fieles y especialmente de las mujeres. Un suceso que conmovió brutalmente a la ciudad se transformó en un debate de ideas, de raciocinios, de ataques y defensas. Ya no era la política del rumor. Era la polémica que la prensa hacía posible y que la política representativa hacía necesaria. El 9 de diciembre, el periódico de tendencia liberal fundado en 1855, *El Ferrocarril*, tituló el incendio con caracteres de media

¹³ F, 14 de diciembre de 1863.

página, tamaño inusual en esa cultura tipográfica, y sindicó a los culpables. El debate permite una disección de las tensiones de la época, desde las alianzas políticas coyunturales, la crítica ilustrada a las formas del culto, la creciente tensión entre el regalismo (liberal y clerical) que defendía la atribuciones del Estado sobre la Iglesia y el ultramontanismo emergente de un clero formado al alero de la diócesis, que defendía su independencia.

La coyuntura política es crucial.¹⁴ El Presidente José Joaquín Pérez había asumido hacía dos años apoyado por una alianza entre liberales moderados y conservadores, para limitar los enormes poderes del Ejecutivo. El peluconismo, autoritario, modernizador y regalista, había gobernado desde el triunfo conservador en la batalla de Lircay en 1829. Manuel Montt, el último Presidente pelucón y el más emblemático, enfrentó dos revoluciones internas; la última, en 1859, protagonizada por jóvenes liberales por el norte, grupos regionalistas de Concepción por el sur y una férrea oposición en Santiago. El corazón del conflicto era impedir que Montt fuera sucedido por otro pelucón autoritario como lo era su fiel seguidor y ministro Antonio Varas. Entre los opositores a Montt estaba también la Iglesia Católica. Seis años antes del incendio, en 1857, el arzobispo de Santiago y el Presidente de la República tuvieron su más radical enfrentamiento a raíz del regalismo gubernamental que había autorizado un recurso de fuerza interpuesto por miembros del Cabildo eclesiástico. El “asunto del sacristán”, que estuvo al borde de enviar al arzobispo al exilio, fue el punto de inflexión que derivó en la formación del sistema partidario chileno, sistema que perduró hasta las primeras décadas del siglo XX.¹⁵ El peluconismo en el poder se dividió en el Partido Conservador, defensor de la independencia de la Iglesia frente al regalismo estatal, y en el Partido Nacional o “montt-varista”, formado por los pelucones regalistas y autoritarios que se quedaron en el gobierno. Se articuló un Partido Liberal, definido por su oposición al autoritarismo del Ejecutivo más que al eje laico-clerical, y finalmente el Partido Radical que se definió por ambos ejes: la ampliación de las libertades públicas y la separación de la Iglesia y el Estado.

Después del triunfo militar en 1859, el gobierno de Montt debió enfrentar su derrota política. Su sucesor fue un liberal moderado que inició una apertura y mantuvo una pacífica relación con la Iglesia. La jerarquía lo recordaría más tarde como el Presidente más benévolo. Pérez gobernaba con liberales y conservadores. Su ministro del Interior en 1863 era el clásico conservador de nuevo cuño, adulto de 46 años, aristocrático, culto, con fuerte vocación política, parlamentario, católico “piadoso” —como se decía entonces a los militantes de la defensa eclesiástica—,

¹⁴ Sobre la historia política del período ver Simon Collier, *Chile: The Making of a Republic 1830-1865. Politics and Ideas*, New York, Cambridge University Press, 2003.

¹⁵ Timothy R. Scully, *Los partidos políticos de centro y la evolución política chilena*, Santiago, Cieplan-Notre Dame, 1992.

a la vez que propulsor de las libertades públicas. Era Manuel Antonio Tocornal, cuyo padre había sido el clásico ministro del Interior pelucón en la década de 1830. Los nacionales o montt-varistas habían quedado fuera del gobierno.

Las divisiones del campo político deben ser tomadas con matices. Era una cultura política en la cual el carácter público de la religión era un hecho de la causa, y las rupturas, a pesar de la vehemencia del lenguaje, se entendían dentro de ese universo común que empezaba a romperse. La responsabilidad del incendio no era de la religión católica en sí misma, sino de un cierto clero, de un cierto culto. Los grupos tampoco eran homogéneos. Entre los “regalistas” había sacerdotes principalmente regulares, católicos de viejo cuño que, al igual que los liberales, defendían el patronato. Todos los regalistas compartían un espíritu dieciochesco de reformar la vida eclesiástica a través de medidas estatales. Los conservadores ultramontanos defendían la independencia de la Iglesia en un Estado católico y los radicales propiciaban derechamente la separación de ambos poderes. Este naciente arco de corrientes tenía en Santiago su correlato en la prensa, pero con impacto muy distinto. Los nacionales predominaban en *El Ferrocarril* y los radicales en *La Voz de la Patria*, contando con un significativo impacto entre el público lector y especialmente el político. La Iglesia comprendió en la coyuntura de 1863 cuán débiles eran sus instrumentos. Ella controlaba los espacios tradicionales: el culto y los sermones, los sacramentos y procesiones, pero para el debate no tenía más que *La Revista Católica*, órgano oficial de la Arquidiócesis, de poca circulación, y un periódico pequeño y ocasional, *El Bien Público*, que había aparecido meses antes fruto de una iniciativa de laicos católicos.

Aunque la noche del 8 de diciembre los hechos eran confusos, la interpretación fue perfectamente clara para la prensa liberal el día 9: ¿dónde había estado el clero?, ¿por qué no condujo una salida ordenada?, ¿por qué ninguno de ellos murió?, ¿cuántos llegaron a la plazoleta mientras el templo ardía? Acusaban al capellán Ugarte de salvar ornamentos y cuadros en vez de víctimas; de haberse arrancado por las puertas de la sacristía. Denunciaban un clero ausente a la vez que culpable por reunir a miles de personas en un espacio cerrado con luces de cera altamente riesgosas; un clero ostentoso, cuyo culto rivalizaba “con los lugares profanos”.¹⁶ La “hoguera” —no en vano se llamó así al incendio— se debía a ese “loco misticismo” que hablaba a los sentidos y no al corazón, ese espectáculo brillante rodeado de oropeles materiales contrario a la pureza y sencillez del culto cristiano.¹⁷

¹⁶ F, 11 de diciembre de 1863.

¹⁷ F, 12 de diciembre de 1863. El anticlericalismo es una ideología en sí misma que en este libro se muestra, pero no se estudia. Es interesante resaltar lo común que es su desarrollo y cronología en los países católicos. Ver Julio de la Cueva Merino, “La democracia frailófoba. Democracia liberal y anticlericalismo durante la Restauración” en M. Suárez Cortina (ed.), *La Restauración entre el liberalismo y la democracia*, Madrid, Alianza, 1997.

La prensa católica que representaba a la curia y a los conservadores dio las explicaciones: los sacristanes y los dos sacerdotes no estaban en el templo cuando se inició el incendio y más tarde no pudieron entrar; salvaron a quienes estaban cerca de la puerta de la sacristía antes de la obstrucción y no rescataron ornamentos sino al Santísimo. Mientras las llamas avanzaban, Ugarte daba la extremaunción y absolvía en voz alta a las moribundas.¹⁸ Interpretaron los hechos desde otra perspectiva. El incendio era un designio de la Providencia que el entendimiento humano no podía comprender y que solo el consuelo divino podía reparar.¹⁹ Argumentaban que los “materialistas” tenían que encontrar culpables explotando la desgracia pública para concitar el odio contra el clero y las mujeres piadosas.

La jerarquía eclesiástica había enfrentado otras veces a sus adversarios a través de la prensa, pero era distinto aparecer como responsable de la mayor tragedia de la ciudad y cuyas víctimas eran sus propios fieles. En vez de ser el clero y la Iglesia los primeros deudos, se transformaron en sus primeros culpables. Lo mismo sucedió con las mujeres piadosas, que fueron consideradas no solo víctimas, sino también cómplices. La virulencia del ataque fue interpretado por los conservadores como una táctica política: era una maniobra del Partido Nacional o montt-varista para provocar una crisis dividiendo la Fusión Liberal-Conservadora en el gobierno, aliado con los “rojos” o radicales que también estaban fuera de esa coalición.²⁰

Todavía con los cadáveres insepultos, el conflicto se concentró en el destino de las ruinas del templo. *El Ferrocarril* sostuvo que debía sucederle “un monumento que recuerde a Santiago la catástrofe y que sea una perpetua lección en mármol de los peligros de la exageración de ciertos sentimientos”.²¹ Estaría rodeado de un jardín y de una reja para que no pudiera profanarse. Los vecinos se organizaron de inmediato para llevar a cabo esta iniciativa y ayudar a los deudos. Las imprentas fueron en esos días lugar de reunión política y el comercio del portal viejo de la Plaza de Armas lo fue de las iniciativas de caridad.²² Francisco Ignacio Ossa, uno de los hombres más ricos de la ciudad, de un acendrado catolicismo, en cuyo Banco se recibían las limosnas y que donó mil pesos para el monumento de mármol blanco, convocó a una reunión en su casa en la cual se nombró una comisión para pedir al gobierno demoler las ruinas. La composición de los asistentes era variada: Ossa era pelucón y pechoño, mientras Antonio Varas era pelucón a secas y enemigo del gobierno. Estaba desde un fundador del Partido Radical como Guillermo Matta hasta un liberal doctrinario como Miguel Luis Amunátegui y

¹⁸ *BP*, 15 de diciembre de 1863.

¹⁹ *RC*, 12 de diciembre de 1863.

²⁰ *BP*, 15 de diciembre de 1863.

²¹ *F*, 10 de diciembre de 1863.

²² *Ibid.*

un liberal católico como Álvaro Covarrubias. La petición la firmaron en nombre del vecindario de Santiago. Varas y el radical Manuel Rengifo, ambos símbolos de la oposición al gobierno y defensores del patronato, fueron designados para ir a entregar la petición.²³ Al día siguiente, el 11 al mediodía, una mayoría de los regidores de la Municipalidad se autoconvocó para pedir al Presidente Pérez la demolición del templo.

A la organización de los vecinos prominentes siguió el rumor hecho texto por la prensa: que las exequias fúnebres serían en las mismas ruinas; que el clero quería reconstruir el templo como símbolo de su fe; que el pueblo quería ir a demoler las ruinas con sus propias manos. Luego vino la recolección de firmas a favor de la demolición que se recibían en la imprenta del diario radical y finalmente vino la presión por excelencia: el motín callejero. El 12, en el centro de la ciudad, aparecieron panfletos invitando al “Pueblo de Santiago” a reunirse el día 14 a las tres de la tarde en la mismísima plazoleta de la Compañía. Los asistentes irían de luto. El gobierno, decía, tendría que optar entre escuchar a la mayoría o hacer fuego sobre una población de negro. Puestas así las cosas, la movilización podía adquirir cauces insospechados.

El clero y los conservadores católicos se sintieron profundamente ofendidos por el giro del debate. Para ellos, el horroroso accidente era eso, un accidente, una casualidad dramática que podía suceder en un teatro, en un ferrocarril, en cualquier lugar público. Pero era un templo y, quienes odiaban a la religión y a la Iglesia, habían explotado el hecho para culpar al clero y criticar la publicidad del culto. Desde la Reforma y sellado en Trento, la publicidad del culto expresaba los lazos comunitarios de los fieles y su Dios. Por ello, decían, esa crítica olía a protestante y si no era protestante, era liberal. ¿Podría haber una forma más perfecta de purificación del lugar que un espacio santificado? ¿Qué significaba la proposición de “limpiar” la tragedia con jardines y mármoles? ¿Querían transformarlo en un sitio de recreo?²⁴ El homenaje a las víctimas debía ser la reconstrucción del templo. Además, la Compañía no era cualquier templo. Nacionales y liberales llamaban a la curia “el clero de la Compañía”, evocando la pervivencia de los conflictos del siglo XVIII entre regalismo monárquico o galicanismo y el jesuitismo que defendía la independencia de la Iglesia y la lealtad a Roma. Efectivamente, la curia santiaguina había tomado una posición en esa disputa y por eso, en sus propias palabras, “la iglesia de la Compañía representa medio siglo en la formación del espíritu nuevo secular, su cohesión, su disciplina, el asco por la vida palaciega

²³ Los miembros eran Francisco Ignacio Ossa, Antonio Varas, Ramón Rosas, Manuel Beauchef, Manuel Rengifo, Guillermo Matta, José Besa, Álvaro Covarrubias, Miguel Luis Amunátegui, Aniceto Vergara Albano y José Rafael Echeverría.

²⁴ *RC*, 12 de diciembre de 1863.

y el amor a la Iglesia y a su santa independencia, laboriosidad en el ministerio y servicio desinteresado a los fieles”.²⁵

El destino de las ruinas del templo era un conflicto religioso y un conflicto político que no eran separables, porque ambas esferas no lo estaban. Cundían los rumores sobre el objetivo del debate: si sacar a los clericales del gobierno, si hacer caer el gabinete, si congregar al gobierno con el Congreso. Todo ello era factible y no contradecía los temas de fondo que estaban en juego, sino que los expresaban. A fin de cuentas, se estaba proponiendo hacer de un lugar sagrado un lugar profano. La tensión en esos días era entre regalismo y ultramontanismo, antesala de aquella entre catolicismo y secularización.

Ese domingo a mediodía, más de cuatrocientas personas se reunieron en el Conservatorio para organizar la ayuda a los deudos. Después del tumultuoso encuentro, el joven Julio Zegers tomó la palabra en la plaza conminando al pueblo a adherirse a la manifestación del día siguiente para pedir la demolición del templo. Se oyeron algunos “¡muera!” contra el arzobispo. Era un llamado a movilizarse en contra de la postura de la jerarquía eclesiástica que por su parte advirtió, como lo seguiría haciendo después, que esas movilizaciones empezaban contra el clero y terminaban contra la aristocracia y la propiedad. Eso había sido la Revolución Francesa en la cual los “rojos” abolieron el cristianismo “y le sustituyeron a la idolatría de una prostituta”. Cuando los católicos militantes traían a su imaginación la Revolución Francesa, sabían que estaban entrando en una gran batalla: “debemos prepararnos para la defensa de nuestra religión y la defensa personal... Nos hallamos en víspera de una guerra religiosa y debemos estar prevenidos”.²⁶

El lunes en la mañana, apareció otro panfleto que llamaba a los “artesanos honrados” a asistir a la misma hora y al mismo lugar para exigir la reedificación del templo, convocando a ese pueblo “que se confiesa y comulga”.²⁷ Según algunas fuentes, antes de la hora de la convocatoria ya había cerca de dos mil personas reunidas. Pero la sangre no llegó al río. Poco antes de las tres de la tarde, se supo del decreto del gobierno que ordenaba la demolición del templo. Guillermo Matta lo leyó desde un balcón y según la prensa radical el pueblo aplaudía gritando: “¡Viva el Presidente, muera el fanatismo!”. Matta negó que ellos fueran impíos y antirreligiosos. Esa acusación no le gustaba, en parte porque efectivamente no lo eran y en parte porque serlo podía tener un alto costo político. “Todos respetamos

²⁵ Ibid.

²⁶ BP, 15 de diciembre de 1863.

²⁷ Los dos bandos se acusaron mutuamente de sedición. Un particular se querelló contra el panfleto conservador, pero el autor fue absuelto y resultó ser, según un diario católico, no un cura, sino un joven artesano honrado, católico y patriótico que era sastre. BP, 26 de diciembre de 1863. Días después aparecerán en *El Ferrocarril* cartas firmadas por “artesanos” protestando contra el clero por tomar el nombre de su “clase”.

una religión toda amor, toda justicia, toda caridad”, señaló, aquella que no azuzaba las pasiones para exaltar las venganzas del fanatismo.²⁸ Su discurso continuó denunciando que el fanatismo dividía las familias y desordenaba los hogares porque las mujeres no obedecían a padres, esposos o hermanos. Preparaba con ello la segunda batalla de la tragedia.

El derrumbe del templo era una derrota de la jerarquía por quienes no eran en su mayoría libre pensadores, sino herederos del regalismo hispano que en la república se tornaba liberal. *El Ferrocarril* insistía en aclararlo: “No es la permanencia de las creencias religiosas la que aquí el clero mira caer con las ruinas del templo, son sus sueños de predominio, es el absolutismo de sus prioridades por el que tanto ha trabajado (...) es preciso que se resuelva a encerrarse en su misión de sacerdote si no quiere dañar la respetabilidad del clero”.²⁹ El gobierno, decía, había finalmente escuchado y obedecido “a las corrientes de la opinión” y “la opinión” había demostrado —al retirarse pacíficamente después de la lectura del decreto— que la libertad era el sustento del orden y no la fuerza ni el silencio que sigue a la descarga de las metrallas.³⁰ Allí estaban los dos ejes políticos de este sistema de partidos embrionarios: la lucha por expandir las libertades cohibidas por el autoritarismo presidencial y la lucha entre regalismo y ultramontanismo.

Superado este escollo con la primera de muchas derrotas clericales que habrían de venir, se formaron diversas comisiones para recolectar fondos. El arzobispo nombró una, que en dos semanas juntó dos mil pesos para ayuda de los deudos.³¹ La Intendencia nombró otra para hacer un monumento en la fosa común del Cementerio General.³² La ayuda a los deudos se canalizó a través de las instituciones católicas de beneficencia como la Casa de Huérfanos de las Hermanas de la Providencia, la Casa de María, el Asilo del Salvador, el Buen Pastor. La localización de los deudos damnificados la hizo en buena medida la Sociedad de Señoras y la Sociedad de San Vicente de Paul. Todas eran organizaciones recientes que reflejaban una nueva forma de asociación católica. En esos mismos días y por la prensa, José Miguel Claro invitó a su despacho a todos aquellos que quisieran colaborar con la fundación del cuerpo de bomberos. Fue el origen de la primera compañía de Santiago.

Emergían nuevas sociabilidades, una pluralidad de formas de asociación, una pluralidad de intereses para congregarse y unirse. En la coyuntura de la tragedia,

²⁸ F, 16 de diciembre de 1863.

²⁹ F, 18 de diciembre de 1863.

³⁰ F, 16 de diciembre de 1863.

³¹ La formaban clérigos del círculo de Valdivieso como José Manuel Orrego, jóvenes conservadores iniciándose en estas lides como Abdón Cifuentes y Zorobabel Rodríguez, y católicos militantes como varios miembros de las familias Larraín e Irarrázabal, sin dejar por ello de haber algunos liberales como Joaquín Blest Gana. BP, 26 de diciembre de 1863.

³² F, 18 de diciembre de 1863.

habían sido las asociaciones católicas las que habían operado. Eran prácticamente las únicas existentes. Pero no fueron todas las asociaciones católicas las que probaron su fortaleza en esta coyuntura. Las Hijas de María fueron objeto de duros ataques por el boato de ese culto supersticioso e inútil. Las víctimas fueron víctimas del incendio y también víctimas de un sector de la opinión. Y las víctimas, ya lo sabemos, eran mujeres.

3. El culto público y la religión privada

En el incendio de la Compañía se cree que se salvaron alrededor de 1.000 mujeres y 300 hombres. Se sabe que murieron cerca de 2.000 mujeres y 25 hombres.³³ La elite masculina filo liberal reaccionó con vehemencia en contra de las prácticas religiosas femeninas.³⁴ Por qué lo hizo es una pregunta abierta. El hecho es que puso en el debate la piedad femenina y el espacio que debían ocupar las mujeres.

El 8 de diciembre murió una de cada 27 mujeres de la ciudad de Santiago.³⁵ Ello causó un tipo de consternación nueva y diferente. ¿Solo en el incendio de un templo morían mujeres y no hombres? ¿Por qué les había tocado a ellas? Por su debilidad intelectual que las hacía propicias a un rito sensual, irracional y supersticioso, “no hay nación cristiana en el mundo –decía *El Ferrocarril*– ni ciudad culta donde viva la población femenina embaucada como en Santiago con sortilegios, hechicerías y espectáculos y pueda reunirse a toda una sociedad culta en un lugar relativamente estrecho para embriagarlas con armonías de luces y fantasmagorías (...) el culto de los sentidos, la sensualidad llevada al rango de una religión, he aquí la mecha...”.³⁶ Dentro de un universo intelectual y religioso muy propio de la Ilustración católica con rasgos jansenistas, esta opinión se repite una y otra vez reivindicando la sencillez del cristianismo primitivo donde la fe personal predominaba sobre la mediación eclesiástica. “Dios (...) goza más con la oración del creyente que con las mil luces de que se llena su templo hasta hacerla una inmensa

³³ De acuerdo al listado de víctimas publicado por *F* y luego consignado por Mariano Casanova, las mujeres muertas fueron 1.683, pero ese es el número que se logró identificar. En la época se consideró que el número de víctimas era el indicado en el texto.

³⁴ La crítica a la influencia de los sacerdotes, especialmente los confesores, sobre las mujeres ya era muy corriente y la había popularizado dentro de los republicanos franceses el escrito de Jules Michelet de 1845 *Du prêtre, de la femme, de la famille*: Richard D.E. Burton, *Holy Tears, Holy Blood. Women, Catholicism and the Culture of Suffering in France 1840-1970*, Ithaca-London, Cornell University Press, 2004, p. xxv.

³⁵ A base del total de mujeres de la ciudad de Santiago (54.195), *Censo General de la República de Chile: levantado en abril de 1854*. Los datos corresponden al Departamento de Santiago, el cual tenía 88.633 mujeres. Las mujeres de la ciudad de Santiago se obtuvo por parroquias (Catedral, Santa Ana, San Lázaro, San Isidro, La Estampa y San Saturnino).

³⁶ *F*; 10 de diciembre de 1863.

hoguera”.³⁷ Dirán que el clero azuza la imaginación de las mujeres y el confesor les pide dinero para mantener el culto. “La falta de un cultivo intelectual apropiado a la inteligencia impresionable de la mujer”, sumado a “ese sentimiento vago e indefinido que flota en todo corazón femenino”, las hacía presa del sacerdote. Esa era “la beata”.³⁸ El término adquiriría un nuevo sentido pues había sido una figura muy corriente del paisaje urbano colonial, referido a mujeres dedicadas a la vida religiosa sin votos formales ni pertenencia a una congregación, que a veces vivían juntas y que usaban algún tipo de hábito.³⁹ Era precisamente una figura muy independiente del clero y había tendido a desaparecer en la medida en que la jerarquía y el gobierno intentaban reformar la vida religiosa. La beata era ahora en el lenguaje liberal una mujer laica, dependiente del clero y manipulada por este a base de un ritual sensual típicamente jesuita o filojesuita. Eso eran las Hijas de María. Pero para mal de los liberales-regalistas, las beatas eran muchas. Las Hijas de María tenían alrededor de 6.000 asociadas. Aparentemente, las mujeres no estaban donde debían estar. Estaban en la misa diaria, la confesión semanal, las novenas, fiestas a la Virgen, sermones, indulgencia a cada hora, mandas, cofradías “música, galas, ornato, joyas, relumbrones, iluminación, fuegos artificiales. Procesiones, profesiones, bendiciones y consagraciones”.⁴⁰ Descuidaban los deberes domésticos. Los hombres debían quitarles a sus mujeres ese manto negro y tétrico que era el uniforme que los curas les imponían a las católicas chilenas. “¡Secularícenlas!”, decía sin más un titular de la prensa.

En la Compañía existía el “Buzón de la Virgen” donde las fieles depositaban cartas pidiéndole favores que luego eran quemadas. El día en que se incendió el templo, las cartas no se quemaron y fueron a parar a manos del intendente. Cundió el rumor de que estaban dirigidas a sacerdotes con motivos poco piadosos. Se dijo que aquello era un foco de inmoralidad y corrupción. Entonces tomó riendas en el asunto el rector del Seminario y miembro de una de las familias más ricas y prominentes de Santiago, Joaquín Larraín Gandarillas, cuya hermana Trinidad de Irrázaval había muerto en el incendio junto a su hija. Las cartas las había escrito “la porción más distinguida de nuestra sociedad” porque solo ellas eran letradas.⁴¹ El rumor mancillaba la honra de su familia y comprometía al clero, por lo cual el intendente Bascuñan Guerrero debía publicar las cartas.⁴² Este le respondió secamente que desconocía su autoridad porque como funcionario

³⁷ F, 10 de diciembre de 1863.

³⁸ F, 29 de diciembre de 1863.

³⁹ Ver Alejandra Araya, “De espirituales a histéricas: las beatas del siglo XVIII en la Nueva España” en *Historia*, n° 37, vol. 1, enero-junio 2004, pp. 5-32.

⁴⁰ F, 12 de enero de 1864.

⁴¹ El argumento de Larraín no es suficiente para concluir que en el buzón no hubiera cartas de mujeres populares puesto que la práctica de pedir el servicio a escribientes y amanuenses existía.

⁴² F, 17 de diciembre de 1863.

obedecía al Presidente de la República y de su conducta privada daba cuenta ante su conciencia y ante Dios.⁴³ También él había perdido a su hermana en el incendio y la había llorado “en el silencio de mi casa”. Con ello dibujaba la separación de los espacios, aunque reflejando una tendencia nueva e incierta, pues igualmente rebatió al rector como católico, es decir, como un buen regalista y liberal de mediados de siglo que defiende la soberanía del Estado sobre la Iglesia y la religión como una vivencia privada.

El trasfondo del debate era la soberanía masculina sobre el espacio femenino. La arenga de Guillermo Matta en la protesta contra la reconstrucción del templo es decidora: “que las hijas respeten a sus padres, las esposas a sus esposos y las hermanas a sus hermanos. Sabed ser hombres en sus hogares y evitaréis nuevas catástrofes a vuestras familias y al pueblo de Chile”.⁴⁴ Los hechos del episodio muestran que los hombres estaban en las calles y las mujeres en el templo. ¿Dónde debían estar? En la intimidad de la familia. La salida de las mujeres al templo en la noche “introduce el desorden y el desconcierto en el régimen interior del hogar doméstico”.⁴⁵

Varios hombres salieron en su defensa protegiendo “la inocencia de las vírgenes, la honestidad de las matronas, la fidelidad de las esposas”.⁴⁶ Pero eso no fue todo. Las mujeres salieron al escenario usando nuevos espacios. El 15 de diciembre circuló por la ciudad un panfleto firmado por “Una madre de familia”: “Por el honor de mi sexo, por el honor de mi patria, por el amor de mi religión yo protesto contra tan infamante imputación. ¿Con que las mujeres chilenas no somos más que unas prostitutas que vamos a los templos del Dios Santo a seducir sacerdotes?”. Solo los políticos volterianos, los delirantes utopistas podían ofender el honor de la mujer cristiana de esa manera.⁴⁷ Unas “Hijas de María que no se quemaron” defendieron en *El Ferrocarril* su vida religiosa como consuelo y fortaleza frente a una sociedad inmoral que las quería seducir. La tensión entre el hogar doméstico y el culto público se hizo aún más polémica cuando el regidor Manuel Rengifo sostuvo que las funciones nocturnas eran un foco de inmoralidad pues “de cien familias que salen de sus casas con ese pretexto dos terceras partes no van en realidad al templo”.⁴⁸ Inmediatamente se interpretó como una ofensa insostenible a las mujeres de la elite y Rengifo rectificó: había querido decir cien personas que pedían licencia porque eran domésticas. El pequeño periódico católico no perdió la oportunidad. Publicó una carta firmada por “Las Lavanderas”,

⁴³ F, 22 de diciembre de 1863.

⁴⁴ F, 16 de diciembre de 1863.

⁴⁵ F, 11 de diciembre de 1863.

⁴⁶ BP, 16 de diciembre de 1863.

⁴⁷ BP, 16 de diciembre de 1863.

⁴⁸ F, 17 de diciembre de 1863.

que reunía a cocineras, sirvientes de mano, amas de leche y costureras reclamando por el insulto “a las que en vez de ir a las chinganas u otros lugares de perdición van al templo a buscar a Dios”.⁴⁹ En una sesión del Municipio, con la barra llena de gente, se propuso la eliminación del culto nocturno con lo cual “se evitaban enfermedades producidas –a juicio de los médicos– por el gran calor que reinaba en los templos a causa de la profusión de luces y de la mucha concurrencia y al mismo tiempo se cerraba la puerta a las escenas inmorales que pudieran originarse con motivo de la apertura de las iglesias en la noche”.⁵⁰

La prohibición de las funciones nocturnas en los templos transformaba el movimiento religioso de la ciudad y sus hábitos. La Iglesia sostuvo que serían los pobres –hombres y mujeres– los que serían perjudicados y también las dueñas de casa que en el día se dedicaban al hogar. Nuevamente estaban las mujeres en el centro de un debate netamente político y ya no bastó con el panfleto, sino que 670 “Señoras de Santiago” dirigieron una carta al Presidente de la República: “el orden establecido en nuestras casas no deja a los domésticos otro tiempo que el de la noche para ir a elevar sus preces (...) nosotras mismas cuando una serie de ocupaciones nos agobia o el dolor oprime nuestro corazón vamos también allí”.⁵¹ La Compañía –reclamaban– se había incendiado de día y no de noche y negaban tajantemente que fuera un foco de inmoralidad. Pero, a fin de cuentas, el horario del culto y las horas de las mujeres en su hogar era un problema político inseparable de la jurisdicción de ambos poderes: los templos eran resorte de la Iglesia.

Las mujeres de la elite defendieron la autoridad eclesiástica como lo harían muchas veces movilizándose políticamente a través de la prensa, aunque no tuvieran derechos políticos. ¿Qué espacio era ese, en términos de la época, sino el de la opinión? Extraña paradoja, las mujeres aparecen en este suceso exactamente donde la elite masculina liberal no las quería: en el espacio tradicional del culto y en el moderno del debate. Uno mostraba prácticas sociales y el otro razonamiento crítico. Es tentador situar aquí las polaridades de un mundo en transición: uno religioso y el otro secular; uno colectivo y el otro individual; uno concreto, corporal y oral y el otro abstracto, mediado y escrito; uno jerárquico y socialmente integrado y el otro igualitario y socialmente excluyente. En fin, la lista es larga, pero prematura. Por ahora sabemos que esa tarde del 8 de diciembre las Señoras de Santiago, las sirvientas y trabajadoras manuales asistieron juntas a misa y murieron juntas. En su mayoría, concurrieron como grupo familiar, presidido por la dueña de casa, sus familiares y sirvientas (37% de los domicilios censados). Hubo personal doméstico que concurrió sin su patrona (25%) y dueñas de casa

⁴⁹ *BP*, 19 de diciembre de 1863.

⁵⁰ Archivo Nacional, Municipalidad de Santiago (en adelante ANMS), *Actas*, 13 de diciembre de 1863, vol. 197, f. 197.

⁵¹ *F*, 2 de enero de 1864; *BP*, 2 de enero de 1864. Aparece el listado de las mujeres firmantes.

con sus familiares, pero sin sirvientas (15%). Un 23% vivía en hogares populares independientes. La gran mayoría, entonces, estaba vinculada por redes tradicionales de familia y servicio doméstico, lo cual contradice la separación social que se había introducido en el debate.⁵² Esa noche había casi tantas mujeres de la elite (40%) como de sectores populares (42%), entonces quizás era cierto que quienes no estaban en sus casas eran las esposas e hijas de los caballeros que tanto reclamaban su presencia. El 6,6% (51) de las mujeres de la muestra eran propietarias, el 25,7% (197) eran domésticas, mientras el 24,6% (189) tenían ocupaciones como lavandera, costurera, dulcera, cigarrera, cantora o matrona, probablemente eran ellas las que vivían en sus propias casas.⁵³ La asistencia a misa parece haber sido una actividad grupal de los hogares de elite pues el servicio doméstico está aquí sobrerrepresentado en relación al trabajo femenino y aquellas censadas como expresamente sin actividad tienden a coincidir con esos mismos hogares. Eran mujeres jóvenes—70% tenía entre 11 y 40 años—y solteras (72%).⁵⁴ Por eso Matta llamaba no solo a las mujeres a obedecer a sus maridos, sino a las hijas a sus padres y hermanos.

El culto público era un espacio tradicional de autonomía y de congregación de mujeres dependientes en una sociedad jerárquica. Quizás la Compañía mostraba las postrimerías de ese mundo y el incendio su última representación. Las mujeres católicas de la elite estaban cambiando su concepto de participación y sus formas de piedad. Se escolarizarán. A las asociaciones cúllicas agregarán las sociedades de beneficencia que fue su nuevo espacio de autonomía y su nueva forma de vinculación con los pobres de la ciudad. Las mujeres populares perduraron en el espacio público tradicional, pero pronto cambiarían sus condiciones laborales y urbanas. La tendencia será hacia la segregación social de las prácticas rituales y hacia una nueva forma de participación religiosa femenina en el espacio público. Es posible que las mujeres de la elite abandonaran el templo de noche. Manuales de cofradías y de urbanidad previenen que el culto no intervenga en sus deberes domésticos y las funciones nocturnas fueron desapareciendo. Las “beatas” irán a

⁵² Los porcentajes se han calculado a partir de las cifras entregadas en el *Resumen histórico* de Mariano Casanova. En la época se realizó un censo de las víctimas a través de los subdelegados. La muestra comprende 766 mujeres con diferentes datos, entre ellos el lugar de residencia al momento de morir. La información aquí procesada se basa en 112 hogares.

⁵³ Ibid. Se ignora la ocupación de 154 víctimas y de 175 el censor las catalogó como “ninguna”. Al ser esta una categoría aparte, es altamente posible que corresponda a las jóvenes de elite. En las ocupaciones domésticas hemos incluido a 158 sirvientas y 39 cocineras. Es posible que no todas las cocineras lo fueran de una casa particular. Estas dos categorías corresponden a su vez al grupo mayoritario de mujeres con ocupación en la provincia de Santiago que suman 9.655 de 39.108. *Censo General de la República de Chile levantado el 19 de abril de 1865*, Santiago, Imprenta Nacional, 1866.

⁵⁴ Ibid. Un 14% eran casadas, 12% viudas y un 2% se ignora. De la muestra, el grupo mayoritario es aquel de solteras entre 17 y 22 años que suman 121.

misa muy temprano, pero la religión no se privatizó en la forma en que lo querían los regalistas liberales.

4. La regulación del culto y el nuevo eje de la política

La dimensión de la tragedia que había vivido la ciudad reflejó las divisiones de una elite gobernante que se hacía plural, a la vez que movilizó a la ciudad y al país. Como solía suceder en esa sociedad escasamente impositiva, los fondos sociales los recolectaban personas entre personas y no el Estado. Hasta chilenos residentes en California enviaron erogaciones.⁵⁵ Prácticamente en todas las ciudades se hicieron exequias, y en Santiago los conventos históricos —agustinos, mercedarios, dominicos, franciscanos y capuchinos— hicieron las propias y todas fueron masivas. La división no estaba allí, sino en la cúpula de los poderes públicos. El arzobispo Valdivieso propuso hacer las exequias en las ruinas del templo, pero hasta los propios conservadores lo encontraron un exceso. Se hicieron en la Catedral el miércoles 16 a las nueve de la mañana. Asistieron las corporaciones religiosas, las militares, el Presidente de la República y su gabinete. Ofició Valdivieso y predicó quien sería su sucesor años después, Mariano Casanova. Su sermón obvió los temas conflictivos, pero hizo una sentida alabanza a esas mujeres piadosas “reconocidas por su vida caritativa, laboriosa, modesta y ejemplar” y reveló que en las ruinas del templo se habían encontrado cilicios que sus ricas galas ocultaban.⁵⁶ Las naves de la Catedral no dieron abasto para una concurrencia en la que estaban “todas las clases de la sociedad”.⁵⁷ Se decía que nunca en un templo había reinado tanto silencio.

Había pasado una semana justa desde el incendio. Las víctimas habían sido enterradas como un solo cuerpo en el cementerio, lejos del escenario de los hechos. Faltaba una última polémica sobre el futuro: el horario de los templos. La Municipalidad, como ya se dijo, propuso una ordenanza que imponía un horario de sol a sol. No todos los regidores estaban convencidos de la competencia de la Municipalidad para dictar tal medida, pero el intendente trajo a la discusión el elemento clave, el que estaría en tantas discusiones sobre la competencia entre ambos poderes: los templos eran lugares públicos. Se pidió consulta al procurador municipal, que reconoció estar tan confundido como los otros, pues esta era “una cuestión completamente nueva”. En el curso del debate el procurador empezó a salir de su desconcierto y dudó seriamente de las atribuciones del Municipio,

⁵⁵ Archivo Nacional, Ministerio del Interior (en adelante, ANMI), *Beneficencia*, vol. 457, fs. 18, 19 y 20.

⁵⁶ *RC*, 19 de diciembre de 1863.

⁵⁷ *BP*, 16 de diciembre de 1863.

pues aunque la *Novísima Recopilación* regulaba asuntos del culto, como argumentó un regidor, eso sucedía cuando la monarquía y la Santa Sede se invadían sus respectivos poderes con mutua aceptación. ¿Era el templo un lugar público como un teatro, un café, una chingana? Para los conservadores eran lugares de oración bajo la jurisdicción exclusiva de los ordinarios eclesiásticos.⁵⁸ Era una invasión a la autoridad dada por Cristo a la Iglesia y si la Municipalidad intervenía en los horarios, en los tipos de luces y en el número de concurrentes, cualquier día decidiría que se cerraran. “¿Qué sería entonces del culto público? Se extinguiría...”.⁵⁹ La Iglesia recurrió al recurso de la movilización social por escrito: a la presentación de las Señoras de Santiago siguió otra de los artesanos cuyo texto puede haber sido escrito por un sacerdote, pero cuyas firmas deben haber sido auténticas porque era fácil detectar un fraude. Eran 2.600 firmas, muchas de ellas correspondientes a analfabetos que otros firmaban “por ruego de”.⁶⁰ La moción de la Municipalidad, en cualquier caso, no prosperó.

El curso que esta polémica abría era conocido por todos. Como bien decía la jerarquía eclesiástica, los mismos que proponían regular los templos, quizás más tarde tendrían la osadía de pedir la libertad de culto, y así fue.⁶¹ Pero en 1863 la secularización del Estado no estaba todavía en la mesa, sino el rol público de la Iglesia, del culto y del clero. Los regalistas insistirán en un clero que se aboque a las funciones sacramentales del templo y no al poder que estaba “más allá de los umbrales del altar, en la familia, en la sociedad, en la política, en las cofradías militantes... en las cofradías ascéticas...”.⁶² En síntesis, era la privatización de la religión.

El incendio de la Compañía tuvo un impacto internacional que probablemente el país no había conocido porque, siendo espectacular, se insertaba en un conflicto religioso que vivían muchas sociedades católicas y era un eje de la política internacional. La prensa católica europea destacó el heroísmo mientras la prensa liberal y protestante, la superstición.⁶³ Valdivieso escogió ese escenario para dar a conocer la posición oficial de la jerarquía eclesiástica local. Los críticos modernos, como los llamó, atacaban lo máspreciado de la sociedad chilena: la religiosidad de sus mujeres y la reputación de sus sacerdotes. Estos críticos seguían la clásica agenda protestante: primero la crítica al culto público, luego a la confesión (medio a través del cual se decía que el clero controlaba a las mujeres) y al culto a la Virgen y a los santos. El paso siguiente era arrebatarle a la Iglesia el poder sobre el culto

⁵⁸ Ibid.

⁵⁹ BP, 16 de diciembre de 1863.

⁶⁰ BP, 9 y 13 de enero de 1864.

⁶¹ RC, 12 de diciembre de 1863.

⁶² F, 29 de diciembre de 1863. Artículo reproducido de *El Mercurio*.

⁶³ RC, 28 de mayo de 1864; F, 12 de enero de 1864.

y otorgarle a los templos menos derechos que una casa particular.⁶⁴ Contra ello se necesitaba un clero y un laicado obediente al obispo y a Roma en contra de cualquier intento de dominación estatal. “Un católico no cumple con sus deberes de tal mirando únicamente por su salvación y trabajando el perfeccionismo de su yo; ya esos tiempos pasaron: la vida del buen católico debe ser una vida de lucha”.⁶⁵

El 8 de diciembre de 1863, el templo y la plaza pasaron del espacio público tradicional de la ciudad, al espacio público político y mental. Era la plaza y no el gobierno. La coalición de gobierno era la Fusión Liberal-Conservadora en la cual participaban los católicos militantes, entre otras cosas, para detener cualquier intento de secularización del Estado. El gobierno hizo de mediador en un sistema político que se había formado en torno al eje religioso y medió hasta que los liberales fueron mayoría en la década siguiente y el gobierno lideró la secularización del Estado.

El incendio de la Compañía develó las tensiones entre religión y política. La jerarquía eclesiástica perdió la batalla por reconstruir el templo en el mismo lugar, pero logró depurar, con mucha dificultad, el regalismo del clero.

La Compañía, algunas décadas más tarde, legaría su prestigio a la única que debía heredarlo en ese esquema: la Catedral Metropolitana, que recién entonces consolidó su fisonomía definitiva. La Municipalidad de Santiago había celebrado por más de doscientos años el aniversario de la mayor tragedia que había tenido la ciudad: el terremoto del 13 de mayo de 1647. La tragedia tenía su propio milagro: el Cristo de Mayo, cuya corona de espinas había caído a su cuello sin intervención humana. La Municipalidad redobló la procesión cuando se cumplieron los dos siglos del terremoto. Para el primer aniversario de la segunda tragedia de la ciudad organizó una misa cantada y con órgano en la Catedral.⁶⁶ No se volvió a conmemorar. Diez años después, sin embargo, por iniciativa del intendente Benjamín Vicuña Mackenna se inauguró el monumento a la Compañía, en el mismo lugar del templo, el ocho de diciembre. Era una columna de mármol que sostenía a una Virgen Dolorosa con los brazos abiertos mirando al cielo, el pecho desnudo, el pelo largo y lacio y un manto bajo los hombros. Era del escultor francés Carriere Belleuse. Entre las tres de la tarde y las ocho de la noche el cañón del cerro Santa Lucía se disparó cada quince minutos y sonaron las campanas de las iglesias con toque de difuntos.⁶⁷ Fue una ceremonia fúnebre, pero sin misa, que presidió el

⁶⁴ Rafael Valentín Valdivieso, *Pastoral del Ilustrísimo i Reverendísimo Señor Arzobispo de Santiago sobre el Incendio de la Compañía i su reparacion*, Santiago, Imprenta del Correo, 1864. Valdivieso nombró una Junta de Fábrica formada por sacerdotes y laicos para recoger suscripciones para un nuevo templo que reemplazara en de la Compañía. Sería el Templo El Salvador.

⁶⁵ BP, 26 de diciembre de 1863.

⁶⁶ ANMS, 7 de noviembre de 1864, vol. 207, f. 20.

⁶⁷ Roberto Hernández P., “La estatuaría religiosa y eclesiástica en Santiago” en *Anuario de Historia de la Iglesia en Chile* (en adelante AHIC), vol. 3, 1985, pp. 195-197.

Presidente Federico Errázuriz Zañartu, el mismo que ese año había roto con la Fusión Liberal-Conservadora y entraría de lleno en el conflicto con la Iglesia. Era sobrino del arzobispo y su mujer había sido una de las Señoras de Santiago que había defendido la honorabilidad de las víctimas en una carta al entonces Presidente Pérez. Hubo un sermón que lo pronunció José Ignacio Víctor Eyzaguirre, un sacerdote que sin ser regalista era crítico de Valdivieso.

El arzobispo no logró reconstruir el templo de la Compañía, pero ordenó que se juntaran fondos para construir un gran templo en la capital y tan grande fue que demoró décadas en terminarse. A ella fueron los fondos de varias cofradías así como cargas piadosas que se diluyeron en los aportes con que se construyó la Basílica del Salvador, un templo que con sus enormes naves, sus muchos altares, sus ladrillos y su cemento, mostraba una Iglesia que las llamas no se habían llevado, pero que nunca logró ser el corazón religioso de la ciudad.